

Nueva Antropología 46

REVISTA DE CIENCIAS SOCIALES

MIGRACIÓN Y ETNICIDAD

CARMEN BUENO, Migración indígena a la construcción de vivienda en la Ciudad de México * WAYNE ROBINS, El indigenismo posrevolucionario mexicano y la cuestión de las tierras de los pueblos indígenas * ALICIA RE CRUZ, Lo sagrado y lo profano de la identidad maya entre los emigrantes en Yucatán * MICHAEL KEARNEY, Desde el indigenismo a los derechos humanos: Etnicidad y política más allá de la mixteca * ANNA M. FERNANDEZ PONCELA, Cuando las mujeres hablan o "en boca cerrada no entran moscas" (Diferencias de género según el refranero popular) * SILVIA LOPEZ ESTRADA, Organización productiva y participación política de la mujer campesina en la Comarca Lagunera * MERCEDES BLANCO, Hacia una antropología de la burocracia.



GV
editores
S. A. de C. V.

Antropología y nación

Eduardo Espinosa*

Como a todos, me han alarmado las múltiples convulsiones nacionales que se viven a escala planetaria en los últimos años. Ante esa sorpresa, choque de la ilusión histórica de otros tiempos con las realidades presentes, se pone en tensión mi humanidad de antropólogo. Reflexiono sobre las emergencias que aquí, o allá reclaman de mi labor con propósito de justicia y mejoramiento humano. Estudio con sentido crítico las posibilidades de acción de mi pueblo y de otros en este contexto de cambios mundiales y de conflictos interiores.

Mi pensamiento se hace drama propio y ajeno, discurso para protegerme de los sustos de esta hora y para proyectar en ella la utilidad del saber. Esa actitud me une a colegas de otros países. Cuando los leo o los escucho, siento que sus voces me dan

confirmaciones y avisos que me amplifican la noción que tengo de los problemas nacionales. Hoy he tenido esa vivencia al leer atentamente *El debate de la nación* de los antropólogos Alicia Castellanos Guerrero y Gilberto López y Rivas, editada por Claves Latinoamericanas.

Este libro me hizo, una vez más, reconsiderar la misión de mi ciencia. La vocación del antropólogo puede comprometerse con el estudio de problemas de sujetos como etnia y nación. Basta que se tenga un sentido dialéctico del otro, que no se limite a la microscópica mirada de lo que anda circunscrito en lo local de un pueblo, aldea o barrio. Es suficiente que en la ideología investigativa, la pequeña comunidad se represente entretejida en una trama de procesos étnicos, nacionales y de naturaleza mundial.

Las cuestiones étnica y nacional amplían el universo de motivos antropológi-

* Profesor de la Facultad de Filosofía e Historia de la Universidad de La Habana, Cuba.

cos. La primera tiene prístinos antecedentes en el particularismo de Boas. La segunda resulta de la inquietud científica que escapó de la problemática local, para ir hasta la interpretación de procesos humanos que definen la complejidad de la cultura y de la organización social de un sujeto histórico, que ha costado a los pueblos explotados luchas de independencia y continuos quehaceres, por defender su otredad frente al colonialismo y por rehacer sus espacios de autonomía y el carácter de su identidad.

La finalidad de Gilberto y Alicia con *El debate* es concertar una reunión del credo marxista y del rumbo científico antropológico, pues tanto la antropología como el marxismo no han preferenciado el problema nacional y de distintas maneras han puesto al transverso las cuestiones de la etnicidad. Aunque los autores no lo declaran, se trata de llevar la doctrina de las clases, la apreciación dialéctico materialista de la vida social, el enfoque cualitativo en sistema y la contradictoriedad de lo singular y lo universal, hasta el terreno de la ciencia del hombre para —con agudeza crítica— enriquecerla tanto a ella como a la tradición ideológica de la revolución social.

Los autores de este título han ido por el camino de preocupaciones antropológicas muy de este tiempo, en que lo más esclarecido de la humanidad vive con expectación o protagonismo los conflictos étnicos y nacionales. Ellos ponen sus miras en estas preocupaciones; muy al contrario de los discursos legitimadores de la hegemonía imperialista que con sus *relatos* de globalidad, nueva integración, pacificación de áreas en conflicto, etcétera, han encubierto el racismo, la xenofobia, el orden injusto de las naciones, los conflictos que por la autonomía o la reivindicación se producen en el interior de las

naciones (aunque ellas se les presente como monolitos históricos), la pervivencia de la violencia colonialista emprendida en las postrimerías del siglo XV desde los centros metropolitanos, así como otros fenómenos de la historia de la desigualdad, que atañen a esas diferencias sociales que crean otredades de las que el antropólogo de serio compromiso social no puede sustraerse.¹

También el solapamiento de lo contradictorio que resulta la interioridad de lo étnico y lo nacional, ha discurrido —por supuesto de manera distinta— en la ideología de aquellos sectores del movimiento revolucionario, que se han cegado por el romanticismo voluntarista o han quedado atrapados en la extrapolación de tesis inútiles o erróneas para su praxis. Con esto articula la apreciación juiciosa que en las páginas hay hacia el discurso revolucionario (particularmente el de carácter socialista sobre las cuestiones étnica y nacional).

En los dos primeros capítulos, se examinan aciertos y extravíos del marxismo en sus consideraciones o silencios alrededor del tema, balance de apreciaciones que se encadena con el capítulo V en el que se puntualiza el problema de las nacionalidades en las prácticas del socialismo soviético, meses antes de su desaparición. Asimismo, se pasa revista al caso nicaraguense de la autonomía de la Costa Atlántica del Caribe. En esta revisión se reproduce la dimensión de las pugnas que llevaron a que finalmente, después de un difícil proceso en el que no faltaron *fuertes resabios etnocéntricos*², el FSLN y el gobierno revolucionario dieran una solución que ha ejemplificado en una práctica social concreta la conjugación de la centralización nacional democrática y la autonomía regional.

¹ A. Castellanos Guerrero y G. López y Rivas: *El debate de la nación*, Claves Latinoamericanas, México, 1992, p. 7

² *Ibid.*, p. 94

Los propósitos autorales se encauzaron de modo crítico. Se enfocó lo étnico y lo nacional a través de dos capítulos iniciales en los que a la noción de estas dimensiones del existir histórico del sujeto se les libró, con concienzuda explicitéza, de las limitaciones del pensamiento de los clásicos y sus seguidores, de las deformaciones estalinistas y de las superficialidades del marxismo vulgar. Y al mismo tiempo se hizo un cuidadoso examen de la contribución del marxismo al caso nacional, aportación que nos puede llegar desde sus variantes fundadoras, o desde eminentes continuadores como José Carlos Mariátegui, Leopoldo Mármora u Horace B. Davis. Puede que el contexto histórico de los desvaríos del marxismo a los que se hace referencia no se haya trazado totalmente, o que algunas tesis filosóficas con implicaciones para el tema no se hayan examinado hasta su última raíz; pero no se trata de una obra de historia de las ideas o de examen filosófico, sino de una agrupación de ensayos guiados —digámoslo una vez más— por el propósito de hacer confluír la positividad interpretativa del marxismo con las posibilidades teóricas y metodológicas de la antropología, en el terreno del estudio de los fenómenos étnico y nacional.

Para López y Rivas, en el Capítulo II, el juicio en torno a las tesis expuestas en la obra de Leopoldo Mármora (*El concepto socialista de nación*) es el que da rumbo a su discurrir conceptual que traduce la interpretación en líneas de acción. La hegemonía es concretada en su peculiar modo clasista de manifestación en el contexto nacional de que se trate “la capacidad de una clase para extender tendencialmente su conducción moral y cultural respecto al conjunto de la sociedad; la capacidad para articular los propios intereses con los intereses globales.”³ La táctica y la estra-

tegia proletaria son articulaciones que dependen de las reivindicaciones nacionales y regionales, con las que el movimiento socialista deberá convivir si no quiere correr la mala fortuna de ser antípoda (o fracción aislada) frente a los movimientos populares, y si no se divorcia del amplio frente democrático popular “La democracia socialista requiere para su funcionamiento una amplia vigencia de las libertades políticas que aseguren una información y participación irrestricta de las masas populares, en la discusión para la solución de todos los problemas que atañen a la comunidad.”⁴

Para Alicia, en los capítulos III y IV, la ordenación de conceptos y metodologías resulta esencial. Reproduce la multitud de dimensiones sociales de la ideología y la praxis del racismo. Este fenómeno y la existencia de minorías marginadas adquieren su específica sustancia social, y formas de conciencia de discriminación en el concierto de relaciones nacionales que encuadran a estos sujetos, relegados en las posiciones de subordinación y explotación más desfavorecidas. Y es de esta última idea, más de las claridades en torno a la contradictoriedad de los procesos de descentralización en el interior de las naciones, de la que ella desprende para el caso mexicano, una propuesta de autonomía de los pueblos indígenas en la que conjunta la concepción de la necesidad histórica y social de tal autogobierno local con el proyecto de revisión puntual de las características diferenciadas de las regiones étnicas.

Este trabajo saca de su encantamiento la manera de concebir el problema nacional y la cuestión étnica como asuntos solucionados con la independencia nacional, el primero, y con la integración y el mestizaje, el segundo. Su tesis central es

³ *Ibid.*, p. 31

⁴ *Ibid.*, p. 37

que nación y etnia no son sujetos definitivamente construidos. Se nos dice "que no basta la autodeterminación política de la nación; es necesaria la independencia en lo económico y es fundamental la democratización de la sociedad y el ejercicio de la soberanía popular; esto es, la direccionalidad democrática-popular de la nación y el establecimiento efectivo de la pluralidad étnico-cultural de su población."⁵ Una vez lograda la independencia y autodeterminación, se verifica en el claustro nacional el engendramiento de las luchas por la hegemonía de las clases y grupos sociales. Se construyen proyectos de rumbos nacionales que chocan en el pugilato político-ideológico e irradian su fuerza de colisión a la vida social. Se crean cotos de ser y conciencia desde los que se reclaman más explícitamente o menos la autonomía étnica. Se diseñan frente a la homogenización los imperativos de descentralización de zonas. Se experimentan diferencias raciales, que pueden conducir a la mentalidad y la praxis del racismo. Se enfrentan disidencias y coincidencias. Se abren, a contrapelo de las voluntades de la nación, los *espacios de refugio*. Y a la vez, en el acoplamiento de las relaciones internacionales, las naciones reacomodan en cada momento histórico la interioridad de su soberanía, reacomodo que en estos tiempos unipolares y de orden desigual, se trata de imponer por los centros hegemónicos del imperialismo que restituyen con su política la otredad de las dependencias.

La puntería desmitificadora de los ensayos, que son cada uno de los capítulos de este libro, también alcanza a hacer blanco en las figuras del credo de integración de la ideología homogenizadora. Este queda atravesado por el entredicho que lo presenta como una forma metamorfoseada de ejercer la hegemonía, que se

enmascara con los modos paternalistas de entender al indio. De igual manera caen abatidos los artificios del mestizaje. Es mostrado en lo que tiene de trampa ideológica que oculta la violencia del colonialismo, las secuelas del racismo y la exclusión a la que ha sido relegado el indígena. El modo *fresa* de vestir la mixtura étnica —especialmente para la celebración del V Centenario de la colonización— olvida el hecho del destroz de culturas, el etnocidio, así como la atomización y opresión a que fueron sometidas las comunidades indígenas, que hoy tienen el derecho de construir desde su visión de vencidos una alternativa de participación social que los redima de sus problemas presentes, resultado del lugar subordinado que se les impuso dentro del monolito nacional.

En las páginas de *El debate* hay desvelo conceptual y fino examen de hechos. Es uno de esos títulos con los que, desde la primera lectura, simpatizamos aquellos que sorteamos las trampas del saber antropológico, que se han instalado entre nosotros con los retruécanos del divertimento discursivo o con la pasión curiosa por el detalle local. Resulta imprescindible, para una epistemología humanista y edificante, no jugar puerilmente con el prójimo. Vanidoso es, frente a las urgencias de reivindicación de la condición humana, urdir charadas teóricas con el esfuerzo intelectual de estar a la moda, para que de modo fatuo se nos prodigue con el halago de ser gente de la *última corriente* o del *bando extremoso*. Como también, en la ciencia del hombre, reclama una crítica superadora aquella voluntad etnográfica que fija su exclusivo afán en la presentación de anecdóticos e inventarios locales. Esta proclividad lleva a los investigadores a perderse en discusiones en las que se chismorrean sobre aquel que no conoce de la cultura de una comunidad, su última

⁵ *Ibid.*, p. 13

minucia y si ella es así o de otra manera.

El debate de la nación me ha llevado a añadir un título más a la lista de obras que conservo como ejemplo de una consecuente actitud científica. Con las reflexio-

nes que este libro me suscita sobre los estudios de las comunidades humanas, puedo entroncar esa preocupación de mi ética de antropólogo que me lleva a pensar qué hacer por el otro en la hora presente.